

la clase obrera va al paraíso

ELIO PETRI

El vacío que viene a llenar esta película era notorio. Después de haber rodado buenos y malos filmes sobre los más recientes fenómenos de la política y la sociedad contemporáneas —el neocolonialismo, la contestación estudiantil, los mecanismos represivos del establishment—, la cinematografía actual nos ofrece ahora una excelente realización sobre un tema revolucionario por excelencia: el de la clase obrera. Ya era hora de que alguien se decidiera a tocarlo filmicamente, como tal.

Con el vigoroso poder plástico que está en la mejor tradición del cine italiano, y que es una capacidad asombrosa de visualizar lo aparentemente abstracto, Elio Petri ha elaborado una película de múltiples alcances.

El paraíso de los trabajadores

El obrero del filme, personificado visceralmente por Gian Maria Volonte, es una existencia desnaturalizada por la complicidad de muchos factores disolventes. En primer lugar su trabajo, el cual, en vez de desarrollar sus energías mentales y físicas, lo convierte en una pieza de la maquinaria productiva, colocada por encima del operario como una diosa hambrienta. Para satisfacer las exigencias de este ídolo abstracto que es la producción absolutizada, el obrero debe integrarse lo más completamente posible al funcionamiento impersonal de la máquina, hasta confundirse con ella.

Como resulta evidente que el rendimiento aumenta mientras es más mecánica la sincronización, incluso mental, del trabajador con la máquina, éste padece un proceso de embrutecimiento psicológico que lo lleva al borde de la locura. La fábrica no es el sitio de la expansión de su creatividad sino un campo de trabajo forzado, policialmente sobrevigilado por los responsables del ritmo de producción.

Por otra parte, es la inconsistencia de su situación individual frente al patrono omnipotente lo que da una nueva dimensión trágica a la vida del obrero. En el transcurso de la película esta conmovedora fragilidad va a aparecer con reiteración en los percan-

tes. El filme opta por la desmitificación de esa ilusión revolucionaria. Nos presenta a una célula de estudiantes anarquistas tratando de movilizar a los obreros con los slogans de un radicalismo intelectual, más esquemático y pantletario que auténticamente comprometido. Se trata de un paternalismo universitario, tanto más irresponsable cuanto que crea espejismos en aras de los cuales el obrero va a sacrificar lo que no sacrifica el estudiante: la increíble debilidad de su situación laboral, es decir, su pan.

Y hay, aún, un tercer rostro de la enajenación humana del protagonista: el de su casa en los suburbios, donde lo esperan las imágenes cretinizantes de la televisión, en las que se delega por cansancio la responsabilidad de pensar y convivir. No sólo eso: el seno de la familia se transforma, por obra y gracia de las huellas deformantes de la fábrica y de la televisión entronizada, en sentida de todas las obsesiones, represiones, complejos y, en general, de todo el desperdicio vital que ha ido acumulando el día de trabajo. Y la repentina impotencia sexual del protagonista es todo un símbolo de esa otra impotencia fundamental, psicológica y espiritual, que imprime en el hombre el trabajo-mercancía.

¿Alianza obrero-estudiantil?

Pero las baterías denunciadoras de la película apuntan también a otro blanco. Ha venido planteándose en ciertas sociedades desarrolladas de Europa, sobre todo, partir de la experiencia ambigua de mayo francés (1968), la posibilidad de una alianza táctica entre la clase obrera y los sectores estudian-

tiles. El filme opta por la desmitificación de esa ilusión revolucionaria. Nos presenta a una célula de estudiantes anarquistas tratando de movilizar a los obreros con los slogans de un radicalismo intelectual, más esquemático y pantletario que auténticamente comprometido. Se trata de un paternalismo universitario, tanto más irresponsable cuanto que crea espejismos en aras de los cuales el obrero va a sacrificar lo que no sacrifica el estudiante: la increíble debilidad de su situación laboral, es decir, su pan.

Este, precisamente, es quizá el planteamiento definitivo de esta película excepcional: la crucificada inestabilidad del trabajador en una ubicación social que lo mina humanamente y, a la vez, lo pone a merced de todas las presiones que, a derecha e izquierda, quieren utilizarlo como carne de cañón para sus mitos.

El humor, algunas veces chaplinesco, dentro del cual está un poco diluida la trama, no hace sino duplicar los efectos dramáticos del tema y las proporciones trágicas del personaje central. Todos los elementos estéticos del filme, desde la actuación imponente de Volonte hasta la admirable agilidad de los planos, pasando por las disonancias angustiantes de la banda sonora, convergen en lograr una película magistral, verdadera lección de humanidad y de buen cine.

A. R.

